

Crónica Universitaria

DUODECIMO ANIVERSARIO DE LA UNIVERSIDAD

Con igual esplendor que en años anteriores y con la misma fe de siempre en los destinos del claustro, se celebró en este año el duodécimo aniversario de la fundación de la Universidad. Nuevas obras, empresas nuevas, más signos de progreso y de servicio cultural fueron inaugurados con ocasión de la fecha aniversaria. La Emisora, el Taller de Electricidad, la Planta de Hipoclorito de Sodio, entre otras obras de categoría. En la imposibilidad de detallar todos y cada uno de los actos realizados entonces, nos limitamos a transcribir algunos de los discursos pronunciados por distinguidos profesores, fundadores y alumnos del claustro en la Semana Duodécima de las festividades aniversarias bolivarianas.

DEL DOCTOR JOSE MANUEL MORA VASQUEZ

"Gloria a Dios en las alturas, gloria a Dios en las alturas".

Ningún salmo mejor que éste ha podido encontrar mi espíritu para cumplir el poderoso encargo con que me ha honrado la Pontificia Universidad Bolivariana, de inaugurar, en mi carácter de profesor del benemérito instituto y de Director de Educación Pública del Departamento, el servicio de radiodifusión de sus principios, de sus labores y de su cultura, en estación propia. Fue esa, exclamación jubilosa de mártires quemados por la fe y el amor, programa de predicadores que increparon con tan noble verso a los déspotas del materialismo, compendio de las visiones de los profetas y voz lírica de los coros de almas que todo lo dejaron para seguir el camino espiritual de Jesucristo.

En ocasión semejante a la que estamos realizando, se acogió el mismo versículo, y si envidio a quienes entonces tampoco encontraron otra forma más apropiada de iniciar un sistema de comunicación pública intercontinental, mi vanidad personal no llega hasta el extremo de prescindir de la famosa sentencia por el temor de que se me tache de falta de originalidad, porque en mi fe, que robustecen perentoriamente 50 años de vida cronológica, la confesión permanente de Dios es superior a todo otro estímulo.

En el tremendo e incesante hallazgo de los valores de la física universal, a que asiste atónito el hombre de este siglo, y en su aprovechamiento, no se sabe si es superior la lograda separación de la energía del átomo, o si la misteriosa transmisión de la voz humana, por medio de la radiodifusión, y su fácil dominio y percepción en todo punto de la tierra, ofrece más posibilidades de felicidad o de aniquilamiento. El hombre sigue empeñado en la justificación del viejo aforismo de los romanos: es lobo para el hombre. Y en su insania inexplicable, desvía hacia la maldad todo lo que dirigido al amor lo haría feliz.

La generación a que yo pertenezco la que se llamó en pueril clasificación la de la post-guerra, ha visto derrumbrarse la moral de la persona humana con in-

creíble rapidez. Cómo se produjo el espantoso cataclismo ético? Que lo digan los sociólogos. El abandono de la religión? Una supervalorización del concepto de la velocidad en todos los órdenes de la vida? El paganismo? El abandono de la niñez? La relegación, a último término, de la propaganda de los principios morales? O el reajuste revolucionario de una organización artificiosa que no ha tenido otros cimientos que los de la fuerza material, que menosprecia los méritos y las virtudes, y que ha venido monopolizando las posiciones directivas con crueles sistemas de gobierno? Quién podrá decirlo, pero lo que estamos viendo y sufriendo no puede ser más sombrío. La tormenta se cierne sobre la humanidad y amenaza destruirla.

No habrá remedio para este cuadro pesimista? Claro que sí. Recordemos que si el Caos, en la mitología griega, engendró, según el poeta Hesíodo, a la Sombra y a la Noche, de éstas nacieron luego, el Eter y el Día. Estaremos en el Caos? Esperemos que pronto ilumine el sol del día regenerador.

Tengamos de presente que las grandes categorías del espíritu, los llamados imponderables, estén dando la batalla en defensa de la dignidad de la persona humana. Aun resuenan las campanas de la moral, de la libertad y del honor en las cúpulas de grandes organismos y de pueblos grandes. Aun puede hablar desde Roma el heredero de Pedro, intransigente apóstol de la verdad, y todavía permanecen firmes en la lucha, con insuperable intrepidez, países como Estados Unidos de América, la agrupación política más poderosa de la tierra a través de todos los tiempos, Inglaterra, Francia, Italia, España, los Países Nórdicos, México, Brasil, Argentina, y todas estas naciones indo-americanas, que como Colombia, resisten pruebas terribles pero siguen hacia adelante, dentro de sus programas de igualdad política y legal efectiva para todos, de genuina democracia y de valientes esfuerzos éticos y estéticos, decorada de cicatrices gloriosas, pero segura de su porvenir, bajo la égida presagiosa de su extraordinario Presidente doctor Mariano Ospina Pérez, e iluminada, desde los gallardetes de sus torreones, con los mandamientos que recibió de su Libertador inmortal.

Más energía que la que surge de la disgregación del átomo, representa la "palabra", como elemento aislado y autónomo. Esta viene a ser la que en definitiva conmueve, mueve y lanza las fuerzas que el hombre ha logrado dominar. Su dinámica terrible tiene cierta apariencia de "fuego inmortal" como la llamó Heráclito, quien, por cierto, le reconoció una especie de sabiduría impersonal, que lo hizo decir sabiamente: "No es prudente escucharme a mí, sino a la palabra". Es la supremacía inevitable del espíritu, que vive por sí misma, y que es superior a los propios sentimientos de quien la produce. Casi es el misterio, en su eficacia persuasiva.

Nosotros sabemos que el gentilicio de Pontificia, que la caridad de la Santa Sede nos entregó, representa un compromiso de permanente vigilancia, y a esa disciplina cuasi-insular habremos de sujetarnos complacidamente. La radiodifusión, nuestra radiodifusión, ha de hacerse con el pensamiento de defender ante todo, y sin miedo, con entereza varonil, los valores del espíritu, dentro de la más exigente cultura. El humanismo que las comunidades y colegios católicos prolongan, defienden y propagan, será la medida de la selección intelectual de la unidad radiodifusora. Las artes bellas se exaltarán con ciencia y por críticos responsables. Los principios de las ciencias tendrán exégetas escogidos. Todo bajo el imperio de la más segura dignidad y de la más constante grandeza moral.

Estos, los programas. Que los hombres que han de realizarlos, se olviden del modesto orador, malamente escogido para inaugurar esta estación, pero que recuerden siempre como signo de dignidad y como estímulo de decoro, que la primera frase que sus máquinas lanzaron sobre el mundo, repite el venerado canto místico de inefable reconocimiento y amor: "Gloria a Dios en las alturas".

DEL DOCTOR NEIL GILCHRIST LEIGTON

La vida humana sobre la tierra lleva ya suficientes siglos de transcurso para poder observar la curva, con sus altos y bajos, que ha seguido el desarrollo de la mentalidad del hombre y su producción intelectual.

Así vemos que desde la más remota antigüedad, cada vez que las agrupaciones humanas crecieron lo suficiente, aparecieron las instituciones para regir la comunidad y luego florecieron las artes y se hizo abundante la producción intelectual de todo género, para formar una cultura. Igualmente vemos que cada vez que en una agrupación apareció una cultura a ésta siguió un aprovechamiento material, buscando mayores facilidades para la vida del común de las gentes. En otros términos, a toda Cultura ha seguido una Civilización.

Este ciclo se ha multiplicado con regularidad y así llegamos a la iniciación del florecimiento de la cultura europea, que empezó con el Renacimiento italiano para ir extendiéndose por todo el Continente europeo. Como resultado de esta Cultura llamada Occidental ha seguido uno de los procesos, en cuanto a Civilización, el más extraordinario y sorprendente que ha visto la Humanidad.

Esta Civilización Europea irradió e invadió nuevos campos, con lo que hoy tenemos en toda América y muy especialmente en la del Norte, el reflejo multiplicado de ella, pero ya presenta una inversión de sucesión. Ya no es una cultura que da fruto en una Civilización, sino una Civilización buscando una Cultura.

Gran Civilización por cierto, pero que, como lo ha hecho notar Alexis Carrel, por seguir tras un ilimitado desarrollo mecánico ha alojado los resortes morales del hombre y ha dejado atrás el desarrollo de las capacidades para mantenerlas sujeta a su dirección. Domina al hombre y lo reduce a una ficha que sacrifica implacablemente en su propio beneficio. Dice así el gran investigador: "El hombre debe hoy volver su atención hacia sí mismo y hacia la causa de su incapacidad moral e intelectual", y luego se pregunta: "De qué nos sirve aumentar el bienestar material y las complicaciones de la Civilización si nuestra debilidad no nos permite encauzarlas en provecho propio?"

Este fenómeno se extiende hasta nosotros y no puede menos que afectar profundamente la concepción de Universidad y sus fines. Dentro de los planes pedagógicos no podrá perderse de vista el aspecto humano y deberá dedicarse parte de los esfuerzos a estimular lo autóctono para contribuir a formar una Cultura autóctona. A la vez, se deberá dar campo a la técnica y dedicar otra parte de los esfuerzos a la formación de profesionales capacitados, para colaborar en el desarrollo y propagación de la Civilización que nos llega.

Pero si sufrimos la influencia de una Civilización externa, no quiere esto decir que debemos aceptarla tal cual nos llega. El papel de la Universidad es hacer la adaptación al medio en que se ha de propagar, desechando lo malo, tomando lo conveniente para asimilarlo y, luego de darle proporciones adecuadas, incluirlo en sus programas.

La reproducción exacta, sin tomar en cuenta los factores que caracterizan al país y la mentalidad de sus habitantes sería como vestirnos con ropajes de dimensiones distintas a las de nuestro cuerpo. Sería como querer administrar justicia con un código penal de un país extraño.

Siguiendo estas normas, la Universidad Pontificia Bolivariana, en lo que se refiere a los aspectos técnicos de esta Civilización, ha tomado programas de otras latitudes, para tener, luego de una cuidadosa adaptación tomando en cuenta la mentalidad del medio, el clima, los aspectos económicos y sociales, y las posibilidades industriales del país, una orientación propia con modalidades propias. Si se toma

una orientación Norteamericana en la Ingeniería Química, la adaptación conveniente imprime un sello de colombianidad al estudio. Si se toman elementos arquitectónicos de otras épocas y civilizaciones, se imprime un sello de personalidad al diseño arquitectónico colombiano.

Por esto hace algunos días hemos asistido a la inauguración de una planta electroquímica, cuyo primer producto es el hipoclorito de sodio, sustancia indispensable en la industria textil, que además de procurar parte de la financiación de la Universidad servirá a los estudiantes de Ingeniería Química como práctica, tanto técnica como administrativa, para obtener una mejor y más completa formación profesional. Además de esto, les mostrará las grandes posibilidades de la Industria Electroquímica en esta sección del país.

E igualmente ahora asistimos a la inauguración del Taller de Electricidad, que traerá aparejados otros hasta formar un Instituto Técnico, para la enseñanza de esta rama industrial a jóvenes y obreros. Enseñanza que se orientará de acuerdo con lo que el medio necesite y llenar así a cabalidad el papel ya anotado de Universidad que adapta y asimila una Civilización.

Pero la Universidad, al formar personal técnico que ha de llegar a ser parte beligerante en la gran lucha que el mundo aún no ha resuelto, esto es, la lucha entre el capital y el trabajo, no puede descuidar la formación moral y social de sus educandos. Cumpliría sólo a medias sus fines si lo hiciera. Nuestra Universidad, coadjuvada bajo la Paternal tutela del Santo Padre y llamándose Pontificia, debe ser un organismo activo y beligerante en el campo social y, con el respaldo de las orientaciones Pontificias, luchar para que sus egresados contribuyan a mantener el principio de la individualidad humana en los aspectos técnico-industriales de esta Civilización, que tantas tendencias tiene a resolver colectivamente los problemas humanos.

DE JAIME SALAZAR MONTOYA

La misma razón de todos los años ha vuelto a reunirnos.

Esta Universidad nuestra que nos cobija a todos con su nombre, que no hace distinción de sexos ni partidos, que desde el momento mismo de su nacimiento ha sido grande, nos ha llamado hoy para estar de nuevo juntos todos los bolivarianos, los de ayer y los de hoy, porque entre nosotros el tiempo no cuenta ni tiene valor alguno el espacio, y los que no han venido en esta tarde están con nosotros en espíritu.

Pero hoy hay un motivo más para tener el espíritu rebozante de alegría y el corazón tremolando con más fuerza en nuestros pechos, en este acto sencillo pero distinguido como todos los actos que son obra de la Universidad hemos venido a inaugurar nuestra emisora.

Y ella es la voz de nuestras propias gargantas, la misma sangre de nuestras propias venas, el mismo nombre del claustro que llevamos en nuestra mística y en nuestro pensamiento, la misma irradiación de sus insignias y la concretación fecunda de su verbo.

Nace nuestra Universidad en cuna pobre recostada a un barrio de obreros, pero la mano de la Providencia derrama bendiciones sobre ella y elige un grande hombre para guiarla por los primeros caminos, para enrutar sus pasos firmemente y poner justos cimientos a la obra.

Un día cualquiera Manuel José Sierra es llamado por el Padre Eterno y un justo varón de inteligencia y juicio recto lo sucede para tocarle coronar la obra.

Y se estabiliza la Facultad de Ingeniería Química, y nace la Facultad de

Arquitectura y Urbanismo, y la mujer empieza a desempeñar un papel nuevo en la Universidad, crece su nombre, su revista es conocida en toda América, su nombre es respetado en todo el mundo, y desde Roma vienen los títulos y los honores.

Bajo la mano poderosa de un Pastor de Jesucristo este conglomerado de juventudes toma nuevas rutas, y nuevos derroteros, se espiritualiza la generación, se crean escuelas para obreros y da protección al pobre y al desvalido recibíendole con amor entre sus claustros, la Universidad da normas, orienta, lleva la primera palabra en las ciencias y las artes, sus graduados van a las cámaras y a la industria y en todos ellos brilla la misma aurora de esperanza y el mismo aliento los sostiene en su carrera.

Monseñor Félix Henao Botero ha hecho conocer lo que existiera antes perdido en la humildad de unas aulas centenarias.

Y si "la Universidad no irradia se muere" lo repitió mil veces, es preciso tener una voz propia y hacerla resonar en toda América, y es preciso tener un pensamiento nuestro y hacerlo germinar en todo el mundo.

Y ha llegado el día, esta es la primera piedra sobre la cual nosotros mismos, los universitarios de todas las épocas habremos de levantar el más grande de todos los edificios, porque si es cierto en realidad, que en el laboratorio se estudian los componentes de la materia, y en los bancos del colegio se solidarizan los conocimientos y en el estudio particular y tescnero se acrisola el pensamiento, es también indiscutible que no podrá existir jamás una verdadera cultura sin una palabra propia, sin una voz peculiar y fuerte, sin un sentido de pedagogía cristiano y espiritualista.

Y en esta posición estamos nosotros; dentro de sus precarias condiciones económicas no ha omitido gasto ni sacrificio la Universidad, ni sus hijos esquivado vigiliyas y trastornos hasta encontrar que su misión está ya casi cumplida.

Señor Rector, señores, señoras desde hoy ha empezado nuestra voz a cubrir el espacio, y ella ha de ser siempre como la aprendimos de nuestros mayores, precisa, honrada, fecunda, católica y patriótica; desde estos micrófonos no habrá nunca una nota disonante, ni un agravio, ni una ofensa, está en ella particularizada la Universidad y la Universidad es demasiado grande para hacer cosas pequeñas.

Con profunda emoción, termino estas cortas palabras, porque me parece mentira que tan pronto haya llegado el día de tener realizado uno de los más grandes de mis sueños, contar con una emisora nuestra, unos micrófonos bolivarianos, con una posición más en el mundo de la intelectualidad, con una verdadera fuente de irradiación.

He sido llamado por Monseñor Henao Botero para dirigirla, humildemente le acepto.

Y acepto porque jamás podría yo negarme a colaborar con mi Universidad, con esta Universidad nuestra que nació por nosotros y que por nosotros ha de ser cada día más grande, de este claustro querido que parece edificado sobre nuestras propias arterias, que parece hecho de nuestra misma carne, que parece como que si fuera nuestro propio espíritu concretado.

Y acepto y juro por su bandera y por su escudo, juro por Cristo y juro por Bolívar que mientras yo esté en mi puesto jamás se manchará el nombre de la Universidad, ni jamás un acto desdoroso enlutará sus pabellones, ni jamás una palabra improvisada podrá hechar barro sobre su nombre o su apellido.

Bolivarianos, al inaugurar oficialmente nuestra emisora todos estamos presentes al pie de nuestras insignias, todos estamos listos al pie de nuestras armas, todos estamos firmes al pie de nuestras doctrinas, entonces brindemos por nuestra Universidad.

DE ADOLFO SOLIS MANZANO

Las ciencias tienen un ciclo vital. Crecen, llegan a adultas y algunas mueren. La química como todas las ciencias, comenzó con una serie de conocimientos prácticos. El primer químico, fue aquel peludo sujeto, que descubrió que las hogueras prendidas en la selva por el rayo pueden ser mantenidas alimentándolas con ramas secas. Así como el primer físico, fue el cavernícola que observó que podía golpear más fuertemente con una porra que con el puño. Estamos narrando brevemente el nacimiento de una ciencia.

Con el transcurso del tiempo estos primitivos investigadores, dejaron una serie de datos prácticos, que les permitió obtener metales, del modo más fácil posible esperando que llegara el día en que se despejara la incógnita del "por qué y el cómo" de las cosas.

Ante estos misterios aparentemente insolubles los antiguos químicos hicieron lo que era de esperar. Tejieron teorías fantásticas acerca de estos problemas e intentaron que los hechos estuvieran de acuerdo con ellas. Algunas de estas teorías eran muy razonables. Aristóteles, cuya teoría sobresalió entre las restantes, pensó que el universo estaba constituido por cuatro elementos: tierra, aire, fuego y agua; esta hipótesis fue la mejor que el hombre pudo emitir durante dos mil años.

Luego empezó la labor de los químicos prácticos, que descubrió algunos hechos aislados. Pero hasta el siglo VIII, el misterio no fue mejor comprendido, como lo había sido en los días de Alejandro el Grande.

Así, en la sucesión de los siglos, cuando la civilización llegó a través del sendero, largo pero dignificador y augusto, del progreso, hasta el pináculo sagrado de su más pura manifestación, cuando el intelecto iluminado por los resplandores de la ciencia, semblanza de la Divinidad y diadema más preciosa que aquellas coronas sostenidas por las perfumadas crenchas de las princesas. Surgieron con facilidad y se multiplicaron con pasmosa rapidez los descubrimientos.

Ahora trabajan en cada tema muchos investigadores; de modo que el mérito de cada descubrimiento tiene que ser dividido entre una docena de aspirantes. Por otra parte, la ciencia al crecer, se ha dividido en ramas especiales. Ya no existen los antiguos filósofos naturales, que abarcaban todo el campo del conocimiento. La amplitud de horizontes, tan fascinante, que se abría ante los primeros químicos, ya no es posible en un mundo tan polifacético y complicado.

Cada especialidad tiene un grupo de fieles devotos: Dalton, Gay-Lussac, Avogadro y Kekulé, descubrieron la molécula y las leyes que rigen su formación; Davy, Faraday y Arrhenius determinaron el papel que desempeña la electricidad en las reacciones químicas; Liebig, Wohler, y Dumas exploraron el laberinto de la química orgánica.

Nuevos colorantes, nuevas drogas, nuevas sustancias, estos son los temas del laboratorio moderno. El ingeniero químico abarca todo género de actividades humanas; desde la labor en las granjas hasta los campos sangrientos de combate, donde se segan las vidas.

Estamos ya en el período del progreso y de la terriblemente bella civilización contemporánea. Estamos en pleno siglo XX, en el siglo de las luces.

Al nacer este siglo, la química ha seguido un camino sembrado de señales indicadoras, sin temor a trajinar por el reino de lo desconocido; gracias a la decidida actuación de investigadores de la talla de Lavoisier, el gran señor de la química. Ante esta verdadera revolución del progreso en todo el orbe; ante este ascender constante de la química Colombia no podía estar atrás. Y así, el 10 de febrero de 1938 un grupo de decididos jóvenes se entregaron con verdadero fervor a

iniciarse en las disciplinas de esta ciencia bajo la dirección espiritual y material de la entonces Católica y hoy Pontificia Bolivariana. Cabe el honor a esta Universidad, el haber sido la primera en fundar una Escuela de Ingeniería Química en Colombia. En un principio, como en todas las cosas, hubo sus tropiezos; pero el grupo de futuros ingenieros químicos, vencieron con tezonera labor y cristalizaron triunfantes su carrera en 1942. Demos nuestro voto de admiración a estos pioneros de la Facultad y que cada día sea para ellos uno más, de adelanto, guiados por la mano omnipotente del Creador.

Desde entonces cada año, la Escuela saca nuevos ingenieros químicos, a ocupar puestos prominentes en las fábricas. Teniendo presente que Colombia necesita industrializarse; que Colombia necesita más ingenieros químicos; que Colombia está en los albores de un progreso ingente. Han pasado 10 años desde su fundación, pero no en vano. Sus ex-alumnos ocupan hoy posiciones dignas de sus estudios y sacrificios; han ido domeñando con paso firme los escalones del progreso; cumpliendo a cabalidad su juramento y observando con rectitud la ética profesional.

La Facultad de Ingeniería Química de la Universidad Pontificia Bolivariana sigue y seguirá llevando con orgullo el estandarte del primer lugar entre las Escuelas de Colombia. Su adelanto va a la par con el de nuestra Patria.

Há poco tiempo se inició la industria electroquímica en el país y hoy asistimos a la inauguración de esta sección en la Escuela. Hoy se cristaliza uno de los proyectos de nuestro estimado Decano que en todo momento nos dio su voz de aliento y entusiasmo. Hoy inauguramos y con plena satisfacción, la planta de hipoclorito de sodio sustancia que partiendo de la modesta sal de cocina y sufriendo un proceso de electrólisis, se transforma en materia indispensable para la industria textil y otras varias. Esta planta es la suma de representaciones y de ideales, composición de constancia, resultante de las fuerzas y potencias más lucidas de un espíritu, vocablo nacido en el corazón del progreso y que tenía que aparecer, en la viscera vital de nuestro bello país americano.

Esta obra que hoy vemos terminada y que gracias a Dios, inicia con buen augurio de producción es el fruto arduo y tenaz, de un grupo decidido de profesores y estudiantes que vieron las magníficas posibilidades en la industria.

En nombre de mis compañeros, he de expresar los agradecimientos a Monseñor Félix Henao Botero, que siempre estuvo seguro de su feliz culminación. Y tenía que estarlo, porque él, más que nadie, sabe que todo lo que se empieza se termina; lo que no se termina es aquello que no se empieza.

A nuestro estimado Decano doctor Neil Gilchrist Leigton que con mano firme ha llevado por varios años el timón de esta Escuela y que siempre la ha sacado avante. Ha sido él el precursor de la industria electroquímica ya que siempre fue un abierto y decidido defensor.

Ahora toca nombrar, con admiración y respeto, a un verdadero exponente de la raza sajona, generador eficientísimo de la obra; ante él, todas las resistencias fueron vencidas fácilmente. El doctor Otto Thiel debe recibir y recibirá siempre, nuestro voto de congratulación y de beneplácito. Fue el jefe único, el engranaje principal que movía con exactitud matemática y acierto ilimitado todos los detalles de esta obra. Estará siempre en nuestra memoria porque nunca se podrá borrar la primera lección de prácticas en grande en nuestra profesión.

Me resta ahora exponer públicamente, mis felicitaciones, al estudiante decidido y emprendedor Augusto Karpf a quien vimos siempre optimista y seguro de la planta. Estoy seguro y confío que el Todopoderoso hará de él un meritorio profesional, que pondrá muy en alto el nombre de nuestra querida Facultad.

La planta que se da hoy al servicio del estudiante y de la industria no es

sino el comienzo de los muchos proyectos del Decano. Debemos pensar en el ensanchamiento de la actual y que en un futuro no muy lejano, funcione a la perfección la planta de agua oxigenada. Las directivas, no dudan un momento de la importancia de estas obras en la Facultad y prestarán su ayuda, sin restricciones, para su feliz culminación.

Colombia necesita ingenieros químicos; por lo tanto, la Escuela, tiene contraída una deuda con la Patria; de dar cada día, más químicos, más profesionales, que tengan certeza absoluta de su labor. Y quién, si no esta Facultad puede hacerlo mejor, en donde, fuera de prepararlos para la batalla de la vida, les forma el corazón en el duro yunque de la religión cristiana.

Compañeros: contemplad por un momento la altura que atrae los corazones generosos, ansiosos de virtud y perfección. Abrazad el escudo del deber y empuñad la espada de la Religión de Cristo. Allá, a la elevada cima a donde sólo llegan los jóvenes de templado carácter y voluntad acrisolada, en los hornos ardientes de la virtud. Allá todos! A conquistar las esferas más nobles y halagadoras de la sociedad, a la cumbre inmarcesible donde veremos triunfantes ondear nuestro lábaro, mientras la posteridad entone un himno de victoria a nuestra vida y en los cielos, el Químico Omnipotente haga la apoteosis eterna de nuestra fecunda y pura labor.

DEL DOCTOR CARLOS BETANCUR ARIAS

La Univesidad Pontificia Bolivariana ha culminado los doce años de su vigencia cultural. Sobre la vida del magno instituto se extiende ahora el aplauso unánime de los colombianos que han visto en ella un bastión de sus destinos espiritualistas, y han encontrado en su cátedra la prolongación de la genuina y auténtica formación cultural católica.

Ante el curso materialmente angustiado de su vida y espiritualmente alegre, y plétórico de la bendición de Dios, los hombres de Colombia han rendido parias de admiración y han otorgado siempre el dón generoso de su estímulo en el orden que haya sido necesario. Por eso esta obra no pertenece más que a la cultura nacional, que enmarca, dentro de sus límites patrios la concepción grandiosa de la cultura católica, que abarca con su dictado, las más hondas y amplias concepciones de la vida frente a los destinos eternos que estamos preparando en el laboratorio de nuestros máximos anhelos. Porque de madera de recuerdos y de propósitos cumplidos se fabrica siempre la esperanza. Y la esperanza eleva nuestro espíritu sobre los límites de la materia, y nos hace conocer el amplio dón del espíritu del Señor que nos asiste diariamente con su inefable presencia. La sabiduría no puede ser otra cosa que la luz que nos da el conocimiento de Dios y nos muestra los designios que El tiene sobre nuestra humilde existencia. Ella tiene fuentes divinas y se abre cotidianamente sobre nuestra pobre inteligencia como un abanico de luces inefables que proceden del fanal eterno, para amparar el barro arisco de que estamos formados en contra de la desesperanza, y para enseñarle que más altos que los afares y diligencias de la carne, están los propósitos que Dios se ha formado sobre nuestra vida y sobre nuestra existencia.

Ordinariamente sobre el plano de nuestra vida, los hombres formamos un complejo de esperanzas, que son burla de nuestro destino y parodia ominosa del principio primordial para que fuimos hechos. Es así como en nuestro mundo prima, con desconcertante pero explicable frecuencia, el afán del lucro miserando del dinero, sobre los quehaceres de la inteligencia, baratando nuestro destino, ya que Dios nos ofreció, en la clara noción inteligente de nuestro existir, la forma misma

de la vida, y nosotros, con torpe destinación, la estamos empleando para los propósitos meramente temporales, sin acordarnos que el barro se deshace y vuelve al humus, y que el espíritu, que es soplo de Dios y participa de su esencia, tiene un eterno destino, y que desde la vida presente tenemos la obligación de entender que sobre la inteligencia y sobre la cualificación cultural de la vida, no puede existir el pobre anhelo de las cosas que la civilización ofrece como la tienda de campaña plantada en un desierto para que pasemos la noche, protegidos contra los elementos y las fieras que asedian constantemente nuestra ánima. Quedarnos en el desierto del tiempo y del espacio, en medio de hostiles enemigos, sería la conducta que siguiéremos, si no eleváramos en nuestros medios estos faros de luz que nos recuerdan los dones espirituales y nos alientan en las faenas del alma. Cuando levantamos diariamente la tienda material de nuestros afanes pequeños, para encontrar el horizonte de nuestro eterno destino, por en medio de todas las miserias terrenas y meramente materiales, estamos haciendo obra de cultura, que nos lleva de modo directo hacia los dominios de Dios, que está en el centro del espíritu esperando nuestro regreso a los fines primordiales, con los brazos abiertos sobre el infinito, con su mirada paterna alentando nuestros pasos débiles y cansados, para enseñarnos, como lo dijo el maestro de Granada, que nada hay grande si tiene límites.

Por eso hemos entendido que levantar en medio de los afanes de un pueblo, que se ha destacado en el ambiente de la América toda, por su dón de creación industrial, para la comodidad humana, y para la ayuda de propios y extraños, una fábrica de cultura, que enhebre sus hilos desde los dedos de Dios hasta el centro del alma, es signo de que hay espíritu, de que hay fe, de que diariamente alumbramos sobre los sueños eternos de esta raza, la esperanza de Dios, y que el amor por los dones del espíritu esta cualificando cotidianamente nuestra faena. Y no se crea que se trata de una mera lucubración. De que las dichas son frases sin sentido trascendente. De que nuestra mentalidad está torciendo los cauces ordinarios de la verdad. Desgraciadamente en pueblos de mucho civilización, al decir de sociólogos y según comprobación experimental de la historia, la cultura no ha tenido la intensidad necesaria para que las dos ruedas sobre las cuales progresa sus vías la vida humana, la civilización y la cultura, tengan la misma intensidad y goce de los mismos medios para su cabal desarrollo y provecho. Y cuando los afanes meramente materiales se toman por asalto el corazón de los hombres, entonces Dios les ordena el castigo de la ceguera espiritual, para que no puedan encontrar en medio de sus luces secretas, el sentido pleno de la verdad.

No estaba bien el antiguo slogan que colgaba al cuello de la ciudad el sambenito de su riqueza, con prescindencia total de los afanes de la cultura. El nuevo slogan de ciudad cultural e industrial de Colombia, dice bien de todo lo que esta raza puede y de todos los anhelos que recata en los sueños de grandeza que acosan sus noches fecundas. Y ello está ampliamente comprobado: tres universidades de amplia resonancia cultural en su ambiente, la destacan como ciudad universitaria de veras. La Nacional tiene en Medellín su magnífica Facultad de Minas y su excelente Facultad de Agronomía; la de Antioquia eleva su historia centenaria sobre el horizonte cultural de la Patria, y lo cubre con el prestigio de sus hombres de más de una centuria. Y ahora la Pontificia Bolivariana, destaca los arrestos de su mocedad, pletórica de vida, llena de ambiciones, hermosamente angustiada frente a los graves problemas económicos y materiales que tendrá que afrontar siempre, pero serenamente confiada en su destino y misión frente al pueblo que la enasta como una bandera de gloria y de progreso. Así, en el pueblo que más configuración tiene frente a la sociología en Colombia, la cultura se ha impuesto, para que todos los hijos de la raza gocen de los beneficios integrales que debe encarnar la vida humana.

A nadie se escapa que la Universidad Pontificia Bolivariana ha llenado un destino fecundo, durante estos doce años de luchas y de victorias: Las realizaciones en el orden meramente material, la podrían consagrar en la gratitud de la ciudad, pues ha abierto un nuevo cauce a sus urbanizaciones y levanta la arquitectura atrevida y audaz de sus pabellones escolares. Ha movilizad la vida de la ciudad hacia un sector que será, en un cercano porvenir, el barrio residencial más lucido y cómodo y elegante de la ciudad. Y no se nos diga que la urbe se extendía con igual ritmo hacia esa zona, porque cualquiera entidad que sin el núcleo universitario que reuniera a su alrededor los afanes de toda una provincia urbana, ni el propio ni el ajeno sector hubieran tenido semejante avance ni hubieran logrado la valorización que ahora tienen frente a la economía y frente al factor psicológico. Sus proyectos sobre templo y teatro, sobre pabellones escolares y talleres de trabajo en donde tenga el pueblo formación en un arte útil, con conciencia espiritual de quien cumple un destino en la vida para la eternidad; sus laboratorios físicos y químicos, su emisora cultural, son factores que, como el alma, informan la vida de toda una sección urbana, sin que nadie pueda dudarlos.

Y si de esas razones de orden netamente material, que tienen frente a la vida urbana una fuerza incontestable, pasamos a las de orden espiritual, por la cultura y por la formación, por la educación y por la ilustración, el argumento adquiere una firmeza extraordinaria. Su labor, en este sentido espiritualmente fecunda, ha llevado al ambiente de nuestra vida de relación, jueces probos, de conciencia espiritualista y católicamente formada; abogados que son decoro del derecho en la nación; hombres de comercio, que tienen dentro de sus normas esenciales la de llevar a esos afanes de producción, distribución y consumo de la riqueza, la noción del espíritu que si tuvo génesis un día en el soplo divino, no tiene distribución ni consumo, y alcanza el nivel más alto de la existencia; químicos que llenan de nuevas teorías e investigaciones el amplio campo de nuestra producción industrial; arquitectos que harán de su función artística algo con alma, que diga relación a lo que creemos y esperamos. Hombres de trabajo que han oído cotidianamente la lección orientadora hacia los genuinos fines de la cultura. No llegamos a comprender cómo hay gentes, que con mezquino pensamiento y achatado corazón, desconocen todos estos beneficios, y no elevan sus consideraciones a la categoría que ellos representan en nuestro medio. Hay quienes ven en estos afanes sin segundo, sin espacio y sin tiempo, nombres propios y a ellos apegan su relación con ellos. No podemos saber cómo es que quien crea y espere y ame los destinos inmanentes de la raza nuestra, no sea capaz de sobreponer sus consideraciones, sus razones y sus afectos por una institución que por sí sola es una categoría espiritual, a las razones personales, al apego nominal, a la pequeña rencilla, o a la mezquina pasión que los escuece.

Nosotros siempre hemos creído que el espíritu bolivariano, que es fe y esperanza en los destinos de la cultura católica y en la grandeza progresiva de la Patria, debe tener su trasunto en la sociedad, su irradiación permanente en medio del pueblo que goza los beneficios que él proporciona. En el aula se tiene por espíritu bolivariano el afán con que cada uno de los miembros de la Universidad labora en la actividad que le corresponda, sin miras propiamente de interés próximo, sino con el eterno afán de la cultura, con el ansia permanente y viva del progreso intelectual espiritualista en un ambiente que ahora necesita más que nunca de esa categoría, y de la fe que debe tenerse siempre en los destinos de Colombia.

Pero de ese espíritu debe participar por manera esencial, el pueblo que recibe las irradiaciones de la Universidad de manera permanente y continua. Sin ese espíritu en el pueblo, no es posible el progreso del instituto. La mística alrededor

de estas instituciones no puede ser germen en el alma de los que están actual y directamente vinculados a ellas; la Universidad debe irradiar, en todas sus formas, en todos sus elementos, en todas sus enseñanzas. El pueblo debe aprender que él es asiento de la institución y su fin primordial. Sin el pueblo, y sin la cultura que no tiene especial vinculación, la Universidad perdería su razón esencial.

Todos debemos saber y comprender el destino providencial que se le ha asignado a la Universidad en la historia de nuestra cultura católica; todos hemos asistido al diario afán de quienes la siguen nutriendo con sus luces y orientando con su noble voluntad; todos hemos comprendido que el milagro de su nacimiento fue la voz Providencial resonando en un momento y en un lugar de su economía divina. Y todos sabemos que las fuentes nutricias de su espíritu, del espíritu bolivariano, se encuentran en la génesis maravillosa, en el heroico gesto del grupo de profesores y alumnos fundadores, que levantaron una bandera gloriosa de espiritualismo en medio del ambiente oscuro en donde trataba de surgir un insano concepto materialista.

Y si queremos saber en dónde se nutren las fuentes de nuestro espíritu, basta volver la memoria al origen glorioso que ha cabido sólo a nuestra insigne Universidad; los otros institutos han nacido de un afán de cultura, casi siempre maduro que se ha sobrepuesto en la conciencia social, con medios económicos que garantizan su existencia, con un proceso vital profundo, con detalles de todos los medios que son necesarios para su vigencia. La historia de las universidades es, así, la de los afanes y ambiciones de progreso de un pueblo y de una época, que han llegado al punto de convencerse de que no podrían avanzar en el orden científico, artístico, social, económico o financiero, sin esos centros que son el eje de gravitación de los afanes espiritualistas, a fuer de intelectuales, y de las esperanzas comunes. Y contra toda esa ley sociológica, nuestros claustros adquirieron aliento vigoroso en un momento profético, cuando el alma de esta raza se encendió como una antorcha para iluminar el caos en que pretendían mover a ciegas el destino cristiano de nuestra cultura y de nuestros afanes espiritualistas.

El gesto generoso y heroico de quienes tuvieron esta inspiración, apenas ha sido ponderado por nuestra historia, porque él es más grande que ella y no cabe todavía en las limitadas páginas de la que hemos vivido; la gesta memorable del 15 de septiembre de 1936, con sus reducidos marcos extrínsecos o materiales, y con sus inmensos significados espirituales, que recogieron la ambición secular de nuestra raza, el afán multiplicado y poderoso de todos los caballeros andantes de nuestra cultura católica, es materia y objeto digno del canto épico; porque en nuestro medio no había sucedido ni sucederá algo parecido, ya que fueron esos días y esos nombres los destinados por la Providencia para que tuviera vigencia en el espacio y en el tiempo la grandiosa fundación que los bolivarianos amamos igualmente, y que la Patria colombiana ha reconocido y sostiene, por medio de sus hombres representativos, con justo empeño y corazón generoso.

En la historia de Antioquia, en el corazón de todos sus hijos, en el alma juvenil, no ya de este pueblo sino de la nación y de los centros universitarios americanos, está grabada esta gesta heroica, única en su significado, grande en sus proyecciones, eterna en sus destinos. Este es el sentir del bolivariano de hoy, igual a lo que sintieron ayer, y semejante a lo que sentirán mañana; idéntico a lo que cree, espera y ama el pueblo de nuestra Patria, que mira en este instituto realizada una de sus mayores ambiciones. Porque la Universidad se enorgullece más que de su amplia vida cultural, más que de sus inmensas proyecciones en la vida del continente, más que de sus magníficas realizaciones en el orden material de su ciudad universitaria, de su espíritu católico y bolivariano, que es la semilla buena y generosa que

aventaron en la tierra fecunda de su fundación los que tuvieron la gloria de ser instrumentos providenciales de semejante destino.

Esta historia no puede olvidarse, ni ello llegará a suceder, porque no es narración fría y escueta de antecedentes livianos, provocados por las insanas pasiones de los hombres, sino el toque divino que congregaba con su clarín dorado a los guardianes de un depósito espiritualista, en medio de la serena confianza y el fervido aplauso de todo un pueblo. Y esa clarinada ha de llegar hasta el valle sereno de cada corazón para decir la misión nueva que la historia ha confiado a este pueblo pujante, para que luche las luchas de la verdad y del espíritu y adquiera la noción de su derecho a la herencia que el espíritu les reclama. Así podrán tender hacia el centro materno y nutricio, los brazos palpitantes de emoción y estrechar contra el pecho la sacra figura tutelar y augusta que ahora prepara su generación para la vida genuina del espíritu.

Está claro el porqué del espíritu bolivariano en su razón inicial que todos los hombres de esta tierra y muchos prestantes de la república entera, han seguido captando y viviendo con fuerza consoladora. La fuente de ese espíritu sigue siendo tan fecunda como ayer, y como será mañana, porque el manantial es inagotable, y seguirá siendo ente real en la vida de la comunidad, con su eterno presente, porque esa fundación fue espíritu señero y dominador, las ambiciones espiritualistas de todos los que sentimos afán por las disciplinas culturales. El espíritu generoso de su fundación se transparenta en la palabra cálida y convencida del Rector, categoría jerárquica y espiritual, que ayer se hacía presente en el verbo adusto y convencido, caldeado en la fragua de un acosado corazón, del nunca bien ponderado Monseñor Sierra, y que se desgrana hoy en frase encendida y emoción fogosa del alma sin fronteras de Monseñor Henao Botero; y ese espíritu se sigue encendiendo, como lámpara votiva a nuestros ideales, en la diaria disertación del profesor bolivariano que narra el proceso heroico de esta gesta sin segundo, en el ambiente callado, proicio para una anunciación, del salón de conferencia cotidiana.

Si todo ello es así, como lo es, hoy queda a la Universidad la grave obligación de corresponder a ese destino, de progresar en orden a esas normas, de alcanzar los altos fines que la Providencia le ha asignado en estos tiempos de neopaganismo; porque no hay que olvidar que el positivismo como doctrina no tiene cátedra en los centros universitarios, pero eleva templos paganos en la vida social; que el racionalismo no ofrece hoy campo para las lucubraciones filosóficas, porque ha sido abandonado como punto de doctrina, pero es un método de vida cómoda que adoptan las gentes de la sociedad con irresponsabilidad amargante; y que ahí está entonces la Universidad de orientación netamente católica, como fanal inmenso que indica el camino con las luces que proyecta el Evangelio, y endereza los destinos culturales de nuestro pueblo, con una influencia que ha crecido de manera evidente en el discurso difícil de estos doce años de luchas y de éxitos.

Y si la Universidad tiene todas esas ponderosas obligaciones frente a la vida cultural del pueblo, el pueblo que recibe los beneficios directamente tiene deberes perentorios que la historia le exige, porque no podría jamás gozar de tales beneficios sin llenar a cabalidad los deberes que le corresponden. La Universidad no puede vivir de la nada, ni alimentarse del aire. Los beneficios de la cultura son tan altos, que no pueden jamás sufrir comparaciones con los bienes materiales; ese don que ella otorga está tan elevado sobre los favores materiales, como es de inmensa la distancia que hay entre el espíritu y la materia, entre lo infinito y lo limitado, entre lo eterno y lo temporal. La cultural cualifica el espíritu en orden a la vida del tiempo y del espacio, con fines sobrehumanos y metafísicos. La cultura es el alimento de la inteligencia, que debe vigorizarse tanto más, cuanto mayores sean las necesi-

sidades de la época que abarca la historia vivida. Antioquia entera y Colombia no cumplirían sus deberes frente a la Universidad, si no ofrecieran su hombro robusto para asentar su estructura integral, si no tendieran la mano pródiga de generosidad para cumplir el mandato que esta época les impone. No podemos jamás quejarnos de los brotes salvajes que se desbordan en veces sobre la vida social y política de la nación, si no hemos hecho lo que está a nuestro alcance para llevar a la conciencia popular una concepción moral de la existencia, y si no ofrecemos una cultura completa al pueblo, para que aprenda a buscar los caminos rectos y las vías del Señor.

Para llegar a esos altos fines la Universidad, como su nombre lo indica, debe tener, como tiene, un sentido ecuménico, sin fronteras ni límites en el espacio ni en el tiempo, en cuyos vetustos claustros se encuentren y se abracen los afanes culturales de los hombres mejores de todos los pueblos y de todas las éras, en relación con la perfección espiritualista que gufe los destinos comunes por sendas de paz, que profetice y garanticen a su vez la eternal ventura.

Es claro que para cumplir su idearium la Universidad tiene que valerse de hombres. El hombre está revestido de torpe barro arisco y tiene deficiencias, como que la perfección absoluta no existe en la vida de tránsito. Por eso, si ha habido pequeñas deficiencias, que nosotros sinceramente no encontramos, fruto son de la conatural limitación de la inteligencia humana, pero no de torcido criterio y voluntad en la orientación de todos sus fines.

El espíritu universitario se levanta precisamente en su historia, que tiende, como reflector del pasado a esclarecer el porvenir, y se conserva en los alumnos, vive íntegro en los exalumnos, y trasciende al propio corazón de Antioquia y de Colombia que han vivido esta epopeya y que aman, en sus más altos valores, esta providencial institución.

La prueba fehaciente de que existe este espíritu está en la cordial emoción que todo bolivariano siente ante la magia de este nombre. Los idola tribus de Bacon, y los modernos idola fori de Carlos Arturo Torres, que en la urdimbre de su filosofía política explican los movimientos de las gentes, podían tener en nuestro medio bolivariano un gran sentido, depurado de la escoria racionalista que en parte tienen; porque el espíritu está vivo no sólo en los grandes símbolos que abarcan lo eterno en su catolicidad, lo permanente en su acepción por la Cátedra inmutable de Pedro cuando la hizo Pontificia, y lo temporal en el nombre generoso de Bolívar, sino que se siente palpar en la urna rectoral que guarda el corazón de su primer dirigente y capitán glorioso que hoy nos vigila en la constancia y permanencia de las enseñanzas y en la asistencia desde el cielo a su obra; es fuerza viva en el ánimo de estudio; es poder invencible en el coraje católico; es amor irrevocable ante la historia corta de sus doce años de trabajos y de fundaciones; es verdad permanente en los labios y en el corazón de directores y profesores, que se vierte gota a gota en la diaria fatiga de la clase sobre el alma juvenil, para enardecerla con este sentido nuevo de la vida y de la cultura.

Ahí está, el espíritu de la Universidad Pontificia Bolivariana. Frente a ella existe un compromiso de todo católico y de todo hombre de cultura y es, como persigue los mismos fines temporales y tiene idénticas ambiciones eternas.

En su bandera están simbolizados el sacrificio y la lucha, en su negro y rojo; la virtud y la constancia; la entrega a un ideal, y el trabajo necesario para conseguirlo. Y en su escudo están el alpha y la omega, símbolos que la cristiandad asigna a Cristo, cuando afirma que El es principio y fin; la cultura que irradia la Universidad es también fuente y término, porque encamina sus pasos hacia el progreso temporal en todos los órdenes y busca la eterna salvación del alma. La llama viva

de la sabiduría que es dón del Espíritu de Dios, arde en el centro de su heráldica, y todo él está amparado por una cruz griega que simboliza el sacrificio y el esfuerzo para ascender a la cumbre de nuestro término humano, y las fuentes humanísticas que informan su programa.

Si la pujanza de un pueblo se mide por sus realizaciones en todos los órdenes, no hay duda de que Antioquia y Colombia tienen ahora las características de pujantes. Las obras que aquí se emprenden tienen siempre el sello de lo grandioso, bien sea en el orden de las realizaciones meramente materiales, o en el de los afanes culturales. Cuando en medio de esta raza se elevó la Universidad Católica, parece que hubiera florecido el deseo colectivo y la ambición común. A ella se sumaron los esfuerzos de todos los antioqueños, y todos han seguido tendiendo sus manos al cielo para implorar que ella corresponda a los fines para que fue creada; al cielo porque allá hunde hoy sus raíces nutricias, ya que desde la eternidad están los viejos capitanes vigilantes sobre el empeño de esta hora, y exigen de la generación presente el esfuerzo máximo, si es necesario hasta el sacrificio, porque el ideal se realice en medio de las necesidades de su pueblo. Los bolivarianos, que son hoy todos los católicos que ambicionan una cultura cristiana para sus hijos, los hombres de mañana, marchan entropados en la cruzada que esta época histórica les asigna, y otean horizontes de gloria en donde clavar la bandera roja y negra de sus justas y nobles y levantadas ambiciones culturales.

DEL DOCTOR RUBEN DARIO RESTREPO I.

Gentilísima la invitación de los Directores de la Hora Católica, para que en este espacio dedicado a la Universidad Pontificia Bolivariana hable de la más simpática de sus instituciones, del Círculo Nocturno para Obreros, con cuya dirección inmerecidamente me han distinguido las directivas del claustro.

La Universidad Pontificia Bolivariana tiene en el Círculo Obrero la más sugestiva de sus actividades y ve en él el estadio donde tienen vigencia las tesis sociales que propugna y patrocina. Aquí está en perenne fructificación la total misión de la Universidad en los tiempos actuales. La Universidad sin fronteras en sus realizaciones, la Universidad sin limitaciones en el alumnado, la Universidad sin descanso en el trabajo. Y eso lo está cumpliendo a cabalidad el claustro bolivariano. Porque el plantel ha llevado la gestión de su insomne labor a todas las clases sociales, con una misión evangélica y de apostolado que la engrandece y la distingue. Ha visto en las clases trabajadoras una nueva actividad de sus vastísimas programaciones y allá ha ido con un equipo intelectual de alto prestigio, seleccionado de sus mejores alumnos de Facultades y de otros distinguidos profesores. Interpretando la amplia concepción que tiene de la Universidad, no ha sido egoísta con el obrero ni con las clases menos favorecidas: de par en par les ha abierto las puertas de sus aulas para que limiten sus horas de descanso y se consagren al cultivo de su inteligencia y de su espíritu, con el consiguiente beneficio para su capacidad económica, lo cual implica cierta elevación de posición social, y de la condición de simples obreros de fábricas o de taller, los ha llevado a ser empleados de contabilidad y de manejo con un éxito rotundo, del cual se están cosechando ya magníficos resultados.

La Iglesia en todas las épocas ha tenido una especial predilección por las clases trabajadoras. Ahora, cuando el mundo se agita en una tormenta de evolución social, ansia ascendente de mejoramiento, la Iglesia y sus instituciones de difusión no pueden permanecer indiferentes a tan gigantesco espectáculo. Por eso, la Universidad Pontificia Bolivariana no se ha sustraído a ese tremendo problema humano y sociológico y lo ha afrontado con valerosa independencia y con bizarra au-

toridad. De ahí que el estudio de estas cuestiones se haya tomado con primacía. El Círculo Obrero, baluarte de ese movimiento, personero de esa idea, fue de los primeros institutos en surgir. Apenas naciente este plantel, los obreros empezaron a frecuentar todas las noches las aulas que vacías dejaban los bravos muchachos de Derecho, centro nutrió de la Universidad. Desde entonces, cada tardecer, con un pesado lastre de fatiga en el organismo, pero con una llama de esperanza en el corazón, nuestros obreros y empleados cumplen la cita que la Universidad, magnánima en su misión, magnífica en su empeño, oceánica en su concepción, les ha concertado.

No pueden ser más halagüeñas las realizaciones que por la cultura obrera ha alcanzado la Universidad Pontificia Bolivariana. Desde Monseñor Sierra, quien vivió la tragedia cultural de las clases trabajadoras, hasta Monseñor Henao Botero, nervio vigoroso de este movimiento, el Círculo nocturno ha venido progresando tanto en el orden material como en la aceptación general de muchos que antes lo miraban con cierto recelo.

Para el año próximo, si la generosidad de los medellinenses resuelve las últimas dificultades económicas, además de la enseñanza comercial nocturna, tendrá el instituto cuatro talleres para enseñanza continua de diversas artes. Así llenará la Universidad otra necesidad en este campo de la cultura industrial y manual de nuestro pueblo.

Se ha dicho que con ilustrar al obrero de la manera como lo practica la Universidad Pontificia Bolivariana se quitan brazos a la industria, se sustraen los trabajadores del ambiente, se unifican las clases intelectuales. Precisamente esta antitesis del pensamiento católico sólo puede tener cabida en mentes egoístas, en espíritus anquilosados, herederos del absolutismo feudal que negaba a los pobres y a los trabajadores toda posibilidad de mejoramiento; quienes así razonaban, violan normas elementales de la Iglesia y de la Religión.

Precisamente, nos hace falta educación profesional y especializada en todos los órdenes de la actividad humana. Tecnificar el taller, el laboratorio, la construcción; darle a las artes manuales y a las bellas su sentido humano y, sobre todo, el sentido social de que ahora carecen. Enrutar estos postulados hacia una mejor manera de vivir, realizándose con ello una aspiración hartamente deseada en quienes tenemos alguna preocupación por estas cuestiones del trabajado, es una obra de grandes alcances y de ambiciosa finalidad.

Las clases laborantes no pueden seguir aisladas de los movimientos trascendentales que agitan la sociedad de hoy. Para que asistan al mismo escenario de la actividad ciudadana con una conciencia diáfana de su responsabilidad, han de tener una educación profundamente cimentada, católicamente orientada. Para eso y por eso vive la Universidad Católica, faro en las tinieblas, centinela avisador de múltiples peligros y estandarte glorioso de una nueva forma de sociedad. Ahí está el sentido de su existencia.

Tal la razón para que la gran labor cumplida por el claustro bolivariano en los extractos menos favorecidos del conglomerado social se esté percibiendo con creces, porque sus frutos son modelo acabado de abnegación, de prosperidad, de eficiencia y de laboriosidad. Así se demuestra con los excelentes obreros que ha graduado en comercio, quienes desempeñan importantes cargos en empresas particulares y en oficinas públicas.

De modestísimos obreros que llegan a sus aulas, después de una perseverancia continua en el estudio nocturno, la Universidad los entrega al comercio y a la industria como expertos contadores, hábiles colaboradores de las empresas en puestos delicados. Ha trasmutado así la condición económica, la condición espiritual y la condición social del alumno nocturno, levantando su nivel de vida, ampliando

el radio de sus horizontes, ensanchando el marco de sus posibilidades y abriendo nuevos y más dilatados panoramas a su espíritu.

Un movimiento sin estruendos, tan honesto y de tan grandes proporciones en pro del mejoramiento social del trabajador tiene que dar nacimiento o servir de escuela y punto de partida, en Colombia, a un reajuste sismico de estos valores sociales de las clases trabajadoras, cuyos cimientos están carcomidos por la demagogia y por las desenfrenadas pasiones políticas.

El Colombia nos hace falta una idea más arraigada del auténtico significado de esta campaña. Se echa de menos en nosotros una conciencia de sacrificio, una voluntad de lucha y de resolución. Le tenemos pánico al problema y no hacemos sino filigranas evitando afrontarlo. El valor del católico está, precisamente, en poner el pecho como muralla a las ideas e influencias adversas a su causa, donde las trombas y los vendavales apenas se estimulen. Con idéntica entereza debemos afrontar la cuestión social. La Iglesia es la única institución que tiene autoridad moral y material para adelantar esta cruzada de abismáticas proyecciones y con ella debemos realizarla.

Sustraer el obrero de la moscovita influencia, tatuarle el espíritu con las ideas de catolicidad, patria y trabajo; sacarlo de ese marasmo en que lo ha sumido la propaganda extranjera, son puntos de avance y metas, a la vez, que han de lograrse con este inmenso movimiento que se hace todos los días más iraplazable. Para ello necesitamos un jefe con una voluntad de lucha, con una voluntad férrea, extraído de la entraña misma del pueblo sin ninguna vinculación política, para que en torno suyo, congregue todas las fuerzas católicas, del trabajo y empiece la jornada revitalizadora de la Patria, con una consigna de amor, con una promesa de sacrificio y con una idea genuinamente redentora.

Este escenario de lucha no es quimérico, ni mucho menos. Es apenas la palestra consagratoria. Hacia allá van los pueblos hoy, hastiados de las filosofías de izquierda, abrumados e indigestos por las tesis de la extrema liberal que envilecieron el sentido noble de la persona humana, brutalizaron el trabajo y sembraron sobre los campos del mundo este inmenso caos en el cual nos ahogamos con la tétrica perspectiva de no saber hacia dónde vamos.

Italia fue el dique que contuvo la avalancha comunista hacia Occidente. Y todo el mundo estuvo pendiente de aquel certamen abrileno cuando veíamos cernirse sobre nosotros la fatídica bota soviética. Pero el auténtico autor de aquella victoria sin precedentes fue el sindicalismo católico, fue la organización trabajadora católica de la Península Itálica que con De Gasperi a la cabeza tiró sobre el tapete internacional la carta decisiva y despejó una incógnita fundamental en la ecuación de la barbarie frente al orden.

En Francia, pueblo de tradicional libertad en el pensamiento, de tan avasalladora libertad de expresión, de tan extremas asociaciones e ideas, las agremiaciones católicas son conducidas y movidas bajo la batuta prodigiosa de Bidault, el joven dirigente católico, quien ha personificado la nueva tendencia de readaptación moral y social del trabajo, gracias al catolicismo, fuerza vivificante de mejoramiento, de bienestar y de entusiasmo.

Si liquidamos todos estos prejuicios religiosos y de apariencia, si ponemos punto final a este miedo de actuar y de confesar nuestra religiosidad y nuestras aspiraciones en el orden social; si unimos la clase trabajadora en un solo haz de voluntades, en un generoso esfuerzo por librar al país del caos, del desorden, de la huelga inmotivada; si emprendemos esta cruzada de sacrificios en pro de un mejoramiento económico; si fomentamos la creación de institutos que como el Círculo Obrero de la Pontificia Bolivariana siembren mística en los corazones y alegría en

el alma; si les inculcamos y compenetramos al obrero y al empleado de un gran papel en el conjunto social; si les imprimimos la idea clara y precisa de su puesto en el mundo y su verdadero valor como personas; si les enseñamos que entre esas dos fuerzas abrumadoras de capital y trabajo ha de existir armonía y comprensión; si les inculcamos que el sindicato es un medio de orden y de ayuda y no un foco de desconcierto y agitación; si los llevamos a la agremiación católica y les enseñamos que la Iglesia es mucho más audaz que los filósofos y socializantes de ahora en cuestiones de trabajo; si los enrutamos en la concepción de sus destinos y los ubicamos exactamente en el mundo actual, habremos realizado una ambiciosa labor, una ponderosa jornada, a cuyo cumplimiento y feliz realización la Bolivariana ha contribuído generosa y patrióticamente.

Qué Universidad de Colombia ha establecido con el éxito alcanzado por la Bolivariana un servicio social de esta naturaleza? Y es que nuestra Universidad cumple a cabalidad los postulados sociales en que se inspira, no descansando en su labor de hacer obra provechosa para la Patria en ninguna hora, por impropia que ella sea. Lo mejor del personal universitario, con un desprendimiento y un desinterés que no merecen sino elogios, abandona su comodidad, sus cumplimientos sociales, hasta su estudio, por venir a dialogar con el obrero en un coloquio espiritual que no conoce desigualdades, sino que es de cordial camaradería. Ha sido el paso definitivo y de más elocuentes resultados en el acercamiento y la unión de la juventud trabajadora y la juventud universitaria.

Un fin que tampoco persiguen los propulsores de falsos evangelios sociales llegados desde Rusia, más con codicia de mineros que con desprendimiento de apóstoles, es la educación en todos los órdenes de la cultura, ni el cultivo de ninguna disciplina de las que dignifica al hombre y embellecen la vida. Ellos no cifran su obra sino en la pernicioso inclinación de la mente del obrero hacia tesis sin ética y sin ningún sentido humano. Nosotros aquí, en este modesto pero elevado escenario de la cultura nacional, todas las noches, sin fatigas ni mezquinos afanes, infundimos en la clase trabajadora una nueva conciencia de su papel en la sociedad moderna y la orientamos con brújula precisa en el inmenso paisaje de sus destinos.

Esta es una obra genuinamente patriótica. Aquí hacemos Patria y ésta no se forma, obreros de Colombia, con huelgas, con tesis disociadoras importadas de regiones lejanas. La Patria se estructura en la misma voluntad de sus hijos, se forma por el trabajo intenso y sin tregua, se forma con el aporte de todos sus extractos sociales. Esta es la razón para que obreros y patronos letrados o iletrados busquen en armónica unión la recíproca realización de sus ideales sin necesidad de conflictos, sin apelar a medios distintos de los inspirados en la fraternidad cristiana.

La Pontificia Bolivariana está empeñada en una obra gigantesca. Ella no es patrimonio exclusivo de sus gestores, ni de la ciudad privilegiada que asiste atónita al espectáculo de su milagroso crecimiento. Es una obra de Antioquia y de Colombia. De ahí que su fomento, su engrandecimiento y su prosperidad dependan de la generosa acogida de todos los colombianos, de todos los católicos colombianos que verán en sus fábricas y en el producto intelectual de sus alumnos el mejor monumento a esta gesta cultural de incalculables proyecciones.

DEL DOCTOR VICTOR CARVAJAL ORTEGA

En la vida de cada generación hay puntos de referencia que la indentifican, que la amojonan espiritualmente, episodios que le dan personería histórica y le imprimen el rasgo inconfundible en el proceso social y cultural de los pueblos. La nuestra es la generación bolivariana, que agitada, imbuída hace doce años por el

espíritu y las concepciones políticas del Libertador, resolvió en un momento de angustia iluminada levantarle aquí, en el corazón de la montaña, el más colosal e imperecedero monumento a las ideas del héroe.

Porque esta almena de la cultura en América, estaba destinada a ser el monumento vivo, la pira donde habría de conservarse en perpetua ebullición el pensamiento de Bolívar. Aquí su espíritu y sus concepciones se volvieron caudalosa corriente para informar y vitalizar la educación de la juventud, para acrecer el acervo cultural de nuestro pueblo.

Por obra y gracia de esta Institución, el prestigio intelectual de la Nación ha crecido, pero sobre todo, ha adquirido decisiva influencia en los centros americanos, por encarnar ella los principios tutelares del genio que trazó rutas definitivas a las naciones de este continente.

Mas, si en la historia de lo temporal la Universidad se hizo entraña de nuestro pueblo al nutrirse en las auténticas fuentes de la historia americana, aseguró desde la cuna su perdurabilidad porque orientó su misión en los cauces profundos de la cultura católica. El verdadero sentido universal de su misión está comprendido en el contacto cristiano de la cultura. Por eso su existencia no vino a llenar únicamente el vacío de la capacidad escolar de nuestro departamento, sino que constituyó el abrevadero espiritual de una sociedad que necesitaba soportes y defensas.

Cuando el primer grupo de estudiantes y profesores dieron vida al núcleo inicial de la Universidad en el año de 1936, de ninguna manera quisieron apropiarse como bandera de facción o como divisa de partido las enseñanzas de Bolívar, ni explotar en fines menguados los pendones ecuménicos de la catolicidad. La gran aventura prendió como llama sagrada en el alma de maestros y alumnos; fue un noble impulso, una fuerza de lo alto la que accionaba la mente de aquellos hombres que sin sospechar siquiera las proyecciones de su lucha se acogieron en hora de crudo materialismo a las gloriosas enseñanzas del héroe de América y del Redentor de la humanidad.

La mano de Dios guió desde la primera mañana los pasos de la Universidad y sigue guiándola en su marcha ascendente por la historia de la cultura colombiana.

Parece que la Providencia Divina haya puesto sobre este bastión de la cultura todas sus complacencias. Ellas nos deparó desde un principio reforzados y sabios capitanes que la condujeron de victoria en victoria sobre la senda de naturales escollos. En un principio a la cabeza de las primeras promociones se alzó la figura sobria, erecta de un levita que tenía la voluntad de acero, el corazón de oro y la mente de cristal. Sobre el jubiloso ambiente de los claustros, el maestro caminaba y su magra silueta parecía la de un sembrador que pretendiera abarcar con la mirada toda la extensión de su campo de trigo. La palabra era eléctrica y la acción contagiosa: tenía la prodigiosa virtud de los hombres radioactivos que donde se encuentran llevan un oleaje humano agitándose a sus plantas. Monseñor Sierra, enhiesto capitán, maestro de juventudes, ministro del Altísimo, amigo de sus discípulos, director espiritual de una sociedad, fue el primer escogido para guiar la empresa providencial de la Universidad Católica Bolivariana; el hálito creador de su espíritu agita desde la eternidad las banderas de este instituto, por cuya ventura estuvo luchando hasta en los brazos de la muerte.

Caído el recio conductor de sus duras manos recibió el estandarte el más digno por la ciencia, por la virtud, por la prudencia, por el irreductible dón de la tenacidad, por el dinamismo, por el amor entrañable a la Universidad, de la cual era gonfalonero desde la fundación. Monseñor Félix Henao Botero fue el fiel continuador en cuyas manos creció en proporción asombrosa la empresa universitaria. Las más brillantes etapas de su desarrollo las ha cumplido la Universidad bajo la orien-

tación de este varón eximio que merece la admiración y el reconocimiento de los colombianos porque se ha colocado como uno de los más grandes educadores de la Patria.

Por ser obra de incommensurables fines educativos e intelectuales, toda la sociedad, especialmente la sociedad antioqueña, ha contribuido a su desarrollo con generosidad, como suele hacerlo esta raza con todas las grandes empresas. Mas por la proporción de sus necesidades, ella exige el solidario esfuerzo de todos la ayuda permanente para el logro total de sus magnos objetivos.

La Universidad está cumpliendo una altísima misión no sólo porque acrece las reservas morales de la Patria con la formación cristiana de la juventud, sino porque releva al Estado en una gran parte de su obligación en lo que concierne a su función en el ramo educativo. De ahí que ella merece el auxilio del Estado, y las entidades públicas cumplen apenas un deber de justicia cuando apropian en sus presupuestos las partidas destinadas al fomento de instituciones de esta categoría.

El estímulo que la sociedad antioqueña ha ofrecido a la Pontificia Universidad por la seriedad y solidez de los estudios que allí se adelantan, la afluencia de estudiantes, de otros departamentos y aun de las naciones vecinas, ha hecho de Medellín un centro universitario, porque al tradicional prestigio de la Universidad de Antioquia, gloriosa por todos los títulos y a la cual debemos páginas ilustres en la vida cultural de la República, se agregó en saludable emulación el nuevo claustro que vino a duplicar la población universitaria de este departamento, abriendo sus aulas a otros núcleos de estudiantes que por diversas causas no podían emigrar a las otras ciudades del país.

La vitalidad de Antioquia, el desarrollo de su industria y de su economía, tuvo un parejo impulso en el campo de la cultura, merced al ensanche de las posibilidades educacionales que la Bolivariana abrió en la enseñanza secundaria y profesional, la capital antioqueña se situó en igualdad de condiciones para ofrecer a la juventud la formación científica que pueda darle cualquier centro Universitario colombiano.

Si el esfuerzo que este equipo de profesores científicos y letrados están haciendo hace doce años por presentarle a la nación un verdadero plantel educativo y una casa de la ciencia, ha producido un saldo de eficiencia y solidez en la formación de la juventud, pueden ellos estar satisfechos de su misión. Pero si además han creado un centro de educación cristiana donde se forma el carácter del hombre como sujeto a normas morales, para hacer de él un buen ciudadano, un cumplido miembro de familia, y un señor por sus maneras y por la dignidad de sus costumbres entonces no sólo merecen el premio de su propia satisfacción sino que se han hecho acreedores al reconocimiento de la sociedad y de la Patria que los cuenta entre los verdaderos forjadores de su destino.

Para ellos, para los profesores de la Universidad Pontificia Bolivariana reclamamos en este aniversario de la fundación, el homenaje de la gratitud pública.

Es justo recordar a los compañeros, profesores y alumnos muertos que vincularon su vida y su esfuerzo a esta obra. En los anales de la Universidad están escritos sus nombres en forma imperecedera. Juan Vangelista Martínez, el patriótico ilustre primer Decano de la Facultad de Derecho, para quien la Bolivariana fue una devoción en los últimos años de su vida. Baltasar Uribe Isaza, Arzulfo Correa, Abelardo Tamayo, compañeros que rindieron su jornada en plena juventud, después de lo mejor de sus sueños y de su inteligencia. Su recuerdo en los divinos territorios, es fuerza impulsora de los que ahora forman el cuerpo docente y docente de la Universidad, pero especialmente ocupan un lugar prominente en el corazón

de los ex-alumnos que hemos hecho de su memoria una mística porque han pasado a ser símbolos de la fraternidad bolivariana.

En el mes de septiembre de 1936, setenta y cinco estudiantes de derecho y veinte profesores reunidos en unas cátedras provisionales, fueron la célula germinal de la que hoy es la Pontificia Universidad Bolivariana con cinco facultades, sección de bachillerato y preparatoria, con un total de 1.850 alumnos y 206 profesores, con una obra científica extensa y un equipo de profesionales y técnicos que están dando lustre a la cultura nacional e impulsando el incipiente desarrollo del país. A esto se agrega la trascendental obra social que ha cumplido en la educación de los trabajadores. Porque no se ha limitado su acción educativa a las clases poderosas, sino que ha emprendido un verdadero apostolado en el campo de la justicia social. Desde los primeros días la Universidad estimó que su misión no podía reducirse a las altas esferas, sino que tenía que proyectar su beneficioso influjo en la zona de los desposeídos y de los humildes. Al lado de las altas cátedras de Filosofía, Química y Derecho, se instaló el Círculo Obrero de Estudios donde acuden en las primeras horas de la noche los trabajadores. Atenta a los intereses de los obreros y los artesanos abrió sus puertas para que vinieran allí a lograr ilustración y con ella adquirir una conciencia clara de sus derechos y de sus deberes.

El sentido humano, popular y democrático de la cultura ha sido su más honda preocupación, porque entiende que la acción del catolicismo, precisamente por el sentido universal de esa doctrina debe ir con mayor ahínco a los sectores populares. Esta ha de ser necesariamente la verdadera Universidad del pueblo, porque si tiene como norma de orientación la doctrina de Cristo y el pensamiento de los Pontífices, su primordial función es invadir las zonas irredentas de la sociedad. Al lado de las hondas disciplinas científicas, la Universidad moderna debe instalar la cátedra de la justicia social; junto al seminario y los laboratorios donde la juventud descubre los secretos de la ciencia, debe estar el cenáculo de los trabajadores donde se convierta en lección viva el Sermón de la Montaña.

La Universidad Pontificia Bolivariana consciente del papel que debe cumplir en esta época, extendió su labor a aquellas vertientes sociales, segura como está de que sólo en el conocimiento y la aplicación de los principios cristianos puede el hombre moderno sobrevivir a las tremendas fuerzas que amenazan la sociedad actual.

LA FACULTAD DE DERECHO EN 1948.

DUELOS: Al día siguiente de la catástrofe aérea de "El Tablazo", en la que el doctor Jorge Rodríguez perdió varios familiares, le dijimos al verlo entrar a dictar su clase de Estadística y Demografía, vestido de luto riguroso: Doctor, usted nos da una lección heroica de cumplimiento del deber. Y nos contestó: "Yo dejaré de venir a cumplir mi deber de profesor cuando ustedes vean en las esquinas un cartel que diga JORGE RODRIGUEZ HA MUERTO".

El viernes 13 de febrero dictó su clase el profesor Rodríguez y el lunes 16, viniendo para la Facultad, vimos los carteles que anunciaban la muerte de este ilustre maestro por quien la Universidad conserva un recuerdo de gratitud y de admiración.

El 23 de noviembre falleció en esta ciudad el doctor Francisco Cardona Ramírez, ex-alumno de esta Facultad y Secretario de la Junta del Ferrocarril de Antioquia, valiosa unidad de la generación fundadora. La bandera de la Universidad cubrió su cadáver y el Alma Mater se hizo presente en sus exequias por una comisión que llevó a la familia del finado el pesar de nuestros claustros por la desaparición de uno de sus progenitores.

NOMBRAMIENTOS: Fueron muchos y acertados. El doctor Angel Martín Vásquez, profesor de las cátedras de Penal, fue elegido Magistrado de la Corte Suprema de Justicia con el aplauso de todos los que conocemos las egregias dotes, honestidad, capacidad y preparación de este ilustre maestro de nuestras aulas.

El doctor David Córdoba, profesor fundador, fue nombrado Decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de Antioquia.

El doctor José Manuel Mora Vásquez, profesor de Hacienda y de Contratos, fue nombrado Director de Educación de nuestro Departamento; el doctor Francisco Eladio Gómez, profesor de Obligaciones, Magistrado del H. Tribunal Superior de Antioquia; el doctor Ignacio Naranjo Arango, profesor de Civil 1º, Secretario de Hacienda del Departamento; el doctor Luis Eduardo Mejía, profesor de Psicología Jurídica, Secretario de Gobierno Municipal; el doctor Víctor Julio Betancur, profesor de Antropología, Secretario de Higiene Municipal; el doctor Enrique Giraldo Zuluaga, profesor de Derecho Constitucional General e Internacional Privado, Juez 2º Superior y, posteriormente, Jefe de Circulación y Tránsito; y finalmente el doctor Carlos Mario Londoño, profesor de Historia de las Instituciones, segundo Vive-Presidente de la Honorable Asamblea de Antioquia. A estos ilustres profesores hacemos llegar nuestra felicitación por el acierto de su elección y por la justicia con que se ha hecho reconocimiento a sus méritos.

Entre los ex-alumnos hubo nombramientos de mucha consideración: el doctor Abel Naranjo Villegas fue nombrado Director de la Oficina de Información y Prensa del Palacio Presidencial, Director de la Radiodifusora Nacional y, posteriormente, Secretario General del Ministerio de Educación Nacional, cargo que ocupa en la actualidad; el doctor Luis Javier Velásquez, Magistrado del Honorable Tribunal Superior de Antioquia; el doctor Gil Miller Puyo Jaramillo, Presidente de la Honorable Asamblea Departamental de Antioquia; el doctor Belisario Betancur, Abogado del Ministerio de Educación Nacional y luego Director del periódico "La Defensa"; el doctor Donato Duque Patiño, Personero de Municipio de Medellín; el doctor Raúl Gil Burgos, Juez de Circuito en Yarumal; el doctor Antonio Henao, Juez Municipal en Frontino; el doctor Guillermo Martínez Villa, Secretario de Hacienda del Municipio de Medellín; el doctor Fernando Morales Cano, para la Junta del Ferrocarril de Antioquia; el doctor Jesús Muñoz Duque, Administrador de la Lotería de Medellín y, posteriormente, Gerente de "La Defensa"; el doctor Fernando Panesso Posada, Juez Municipal de Palmira; el doctor Gustavo Peláez Vargas, Juez Militar de la Brigada en Medellín; el doctor Luis Peña Betancur, Fiscal 3º Superior en Medellín; el doctor Marco A. Peña, Secretario de la Segunda Sección de Empresas del Municipio de Medellín; el doctor Aureliano Perea Aluma, Magistrado del Tribunal Administrativo del Departamento del Chocó; el doctor Pedro Juan Cañizares, Juez del Trabajo en Barranquilla; el doctor Carlos Hernán Perea, Juez del Circuito en Quibdó; el doctor Jaime Posada Londoño, Gerente de la Cooperativa de Municipalidades de Antioquia; el doctor Octavio Restrepo Yepes, Jefe de Vigilancia Administrativa del Municipio de Medellín y, posteriormente, Secretario de la Dirección de Circulación y Tránsito; el doctor Jaime Sanín Echeverri, Auditor de Impuestos Nacionales; el doctor J. Arturo Valencia, Jefe del Censo de Contribuyentes en Antioquia, Caldas y Chocó; el doctor Rubén Darío Restrepo Londoño, Juez Municipal en Medellín; y, finalmente, el doctor Eduardo Cuartas Posada, Director de Transportes y Tarifas de Antioquia y Chocó.